

Prólogo

El día que decidí colgar los guantes

En 2021 hice la primera presentación de Siervos de la Guadaña en San Pedro del Pinatar, el lugar donde crecí. No vino ninguno de mis amigos. La mayoría ni siquiera compró el libro. De los que lo compraron, creo que lo han leído seis o siete. Aún se puede comprar en Amazon. Lleva meses sin venderse ni un solo ejemplar. En abril publiqué la tercera parte de la antología de Universo Mágico. Cuando lo anuncié, recibí muchas felicitaciones y promesas de lectura. A día de hoy, nadie lo ha comprado. Esa es la realidad en la que vivo. Esa es, por desgracia, la realidad

en la que vivimos una inmensa mayoría. Estoy harto. Cansado de lidiar con la frustración, de escribir para nadie. Creo que ha llegado el momento de colgar los puñeteros guantes.

Vivimos tiempos complicados para las letras. Hace años se hablaba de todos esos literatos que podían dedicarse a la escritura por méritos propios, merced a su talento y su buen hacer literario. Era un sueño alcanzable basado en la esperanza de que un editor se fijara en tu obra y la impulsara hacia los primeros puestos de las listas de los más vendidos. Soñabas con vender los derechos para el cine, con la traducción de tus novelas a veinte idiomas o más. Era el sueño americano de «todo es posible» trasladado al ámbito literario. Incluso entonces —yo no lo sabía— aquello era una falacia, una gran mentira adornada con el lustre

del marketing y la suavidad del secreto silenciado para evitar la humillación o la exposición de las vergüenzas. Nadie puede vencer al titán que protege esa proyección. Puede que el mercado editorial sea como Goliat, pero ni mucho menos yo soy como David.

Es complicado hoy en día separar el grano de la paja. Incluso determinar qué es qué. Lo veo a diario en las redes sociales. Yo tengo Facebook, Instagram, Mastodon, X, Threads, TikTok —y hasta LinkedIn—, pero la única que uso de forma activa es Instagram, con rebote en todas las demás. El contenido y la intención varían dependiendo de la red. En todas, sin embargo, abunda el postureo. Y no hablo solamente de lo que concierne al ámbito literario. No únicamente de los bookstagrammers que hablan de libros sin haberlos leído,

que se pliegan a los designios de las grandes editoriales o que buscan darle más importancia al continente que al contenido. Es la estética predominante. La de lo bonito por encima de lo valioso. Estoy cansado de ver tazas de café o té humeantes descansando sobre el escritorio, como si mientras trabajas fuera lo habitual estar disfrutando de un momento de relax, cuando es todo lo contrario. Yo he bebido mucho café durante mis procesos de escritura y siempre acababa frío. Porque uno se guía por la pulsión, ese espíritu enfervorecido que te posee en los momentos de éxtasis creativo. O esas fotos de escritores sujetándose la barbilla, mirando al infinito como si allí estuvieran las musas, la inspiración que aguardan para ponerse a escribir. Yo nunca he esperado a las malditas musas. Soy de los que opi-

nan que, si vienen, me tienen que pillar currando. Bolígrafos, plumas o lápices estratégicamente colocados sobre una hoja manuscrita o en blanco, con velas, flores y adornos varios. Casi como si el escritorio fuera más un altar que un lugar donde inmolar nuestras miserias. Ya pasó la moda del vaso medio lleno de bourbon y los ceniceros atestados de colillas mal apagadas, como cadáveres en una fosa común. Aquello también tenía más de ficción que de realidad. Lo bohemio. Lo romántico. Joder, si hasta yo me lo creí.

De lo que no se habla —lo que no se muestra— es del escritor estirándose después de horas encorvado frente a la pantalla. Ni de los crujidos de esa espalda o de lo rápido que el reloj agota nuestros días, nuestra vida. No hay fotos

de ojos rojos ni de ojeras producto de la falta de sueño por dedicación o insomnio. No se dice que una hoja en blanco puede permanecer así durante días. Ni que a veces escribimos sobre lo escrito una y otra vez porque lo que hacemos nos parece una mierda. Una basura con la que no podemos lidiar. Un despropósito que otros no tienen reparo en pasar de la pantalla al papel sin apenas darle un respiro, una vuelta, una revisión. Poco se habla de las horas robadas a la familia para encerrarse en un cuchitril, un cuarto mínimo atestado de papeles, libros y olor a humedad que para nada se parece al estudio de las fotos de todos esos escritores de portada que posan con una sonrisa limpia y una dentadura perfecta. Y cuando se dice, cuando se habla, se te mira raro. Porque quienes no sufren la escritura, para bien y para

mal, no entienden que te levantes a las cinco de la mañana para escribir antes de irte a ese curro de mierda que te da de comer o que lo hagas, sencillamente, para poder distribuir mejor tu tiempo entre poner lavadoras, hacer la casa o preparar la comida. Porque los escritores estamos acostumbrados a que se nos menosprecie, a que se nos vea como sibaritas que damos demasiada importancia a un hobby en lugar de dedicarnos a un trabajo «de verdad» que no nos complique la vida, nos llene los bolsillos y nos alivie el calendario.

Yo aún tengo que dar las gracias. No todos pueden hacer lo que yo. Por mucho que esto acabe en rendición, estoy agradecido. Quemé muchos barcos, eso sí. Todos. Para no poder subirme a ellos si quería escapar de mi decisión de perseguir una carrera, una profesión que

muchos toman como un pasatiempo para cuando no tienen nada más que hacer. Soy consciente de que no todos pueden. También de que no todos están dispuestos a pagar el precio. El exceso de cafeína, el cansancio, los martillazos en las sienes que a veces me dejan KO. Todo eso no es nada en comparación con lo que significa estar aquí, delante de la pantalla, vomitando ideas y dándoles forma. Ese fervor creativo al que nos aferramos con uñas y dientes por temor a perderlo, como cazadores furtivos que buscamos atrapar y exprimir esa presa por si acabamos perdidos en el fragor de la batalla contra nosotros mismos. Las pérdidas, el sacrificio, el dolor, la frustración. Todo eso está ahí. Al acecho. Como el puñetero impostor. Y veo esas imágenes que bombardean las redes, las de los que dicen que han

vendido cientos de copias, las de quienes parecen felices, las de quienes buscan lástima para vender, las de todos esos autores que pisan una feria tras otra, firman en librerías de todo el país, y me da envidia y rabia y pena y me frustró y me encabrono. Veo el maquillaje, el fingimiento. También la verdad contada a medias. Y, en ocasiones, deseo estar ahí, al otro lado del espejo. Luego me reprendo, me pongo en mi sitio y me digo: «No. Tú no quieres eso». Y es cierto. Yo lo que quiero es crear. Lo que pasa es que la escritura lleva implícito a un público lector. Sin lectores hay cierto aliciente que se pierde. Porque, al fin y al cabo, todos buscamos ese reconocimiento, esa validación. El caso es que me da un bajón de tres pares de narices.

Hace muchos años, cuando decidí empezar en serio en esto de la escritura,

gané un concurso de relatos. La gala no se celebró porque alguien acabó en concurso de acreedores. Así que me quedé sin viaje a Mallorca y sin celebración. Por suerte, cobré el premio y se publicó un librito con el relato ganador más un par que me pidieron como relleno. Creo que me dieron unos cincuenta ejemplares de cortesía. Y puede que comprara algunos más. No vendí ninguno. Los fui regalando a mis amigos y familiares. Aún me quedan unos pocos. Uno de esos libros se lo regalé a una amiga. Yo iba con frecuencia a su casa y veía el libro en la estantería. Era pequeño, pero destacaba por su lomo amarillo mostaza. De vez en cuando le preguntaba si lo había leído y me decía que sí. Luego dejé de preguntar. Le dio por Crepúsculo y, más tarde, por Cincuenta sombras de Grey. Se bebió las sagas en pocas semanas. Continuó

por otros libros de temática similar. Vi que estaba cogiendo el hábito y volví a preguntarle. Antes de que me mintiera, le dije que, si lo hubiera leído, habría visto la nota que escribí en la página X, donde le decía que me avisara al llegar a ese punto. Fue rauda a buscar la anotación. Obviamente, era mentira. No le había dejado ningún mensaje oculto. El libro llevaba años allí, sin moverse, y ni siquiera había empezado a leerlo. Se había leído miles de páginas en poco más de un mes y mi libro, una triste antología de tres relatos que no llegaba a cien páginas, seguía intacto. Y era mi amiga.

Mi madre no ha leído ninguno de mis libros. Ni mis hermanos. Mi padre lo ha intentado. Hay quienes tienen alguno de ellos en la estantería, que han prometido alguna reseña o que los han alabado sin haberlos siquiera leído, mucho

menos comprado. Lo peor de todo es que hay quienes creen que no me doy cuenta. Hago de tripas corazón, sonrío y sigo adelante. Porque el oficio del escritor no es fácil ni está huero de sacrificios. El desgaste es uno de ellos. No el de la escritura, sino el que provoca la falta de interés genuino, el compromiso de familiares y amigos que te compran y no te leen o, peor aún, que te compran pero no te leen porque piensan que ya está, que ya han cumplido, cuando en realidad lo que más desea un escritor no es que le compren, sino que le lean. Saber que sus palabras pueden remover, emocionar, cambiar —en mayor o menor medida— vidas. La mayoría de los libros que he vendido han terminado rellenando el hueco de alguna estantería y nunca han abierto sus páginas. Esa «ayuda» que muchos te brindan

por compromiso —que muchos autores, dicho sea de paso, fuerzan— acaba volviéndose contra el escritor, lo vapulea y alimenta a ese impostor que, con frecuencia, lo acompaña a todas partes. No ayuda. Todo lo contrario.

Hay un pacto de sangre con el lector, un secreto a voces que no se expone abiertamente y que, casi siempre, se oculta a plena vista. Ojo, no siempre se ve. No siempre se sabe. La verdad que subyace tras la imagen romantizada del escritor suele ser más cruda y humana. Quienes han llegado a la cumbre no lo dirán por temor a mancillar su buen nombre. No dirán quién les echó un cable ni qué estuvieron dispuestos a hacer para llegar a la cima. Se nos miente para que creamos que tenemos opciones, posibilidades de alcanzar la fama o el éxito si hacemos bien nuestro

trabajo, si desarrollamos la excelencia de nuestros talentos al límite.

Hay una gran impostura reinando en las altas esferas editoriales que contamina a esas otras que están más abajo, enseñándonos que no importa el cómo ni el qué, sino el quién y el dónde. Nadie habla del amiguismo o el favor, de la ayuda invisible de otros que ejercen como padrinos, en el buen sentido o en aquel otro que nos recuerda a Marlon Brando y Francis Ford Coppola, si hablamos de cine. No digo que esté mal servirse de esas herramientas para llegar a determinados sitios. Sin embargo, sí creo que no se debe engañar al público ni falsear datos o fingir que el éxito llegó gracias al propio talento cuando no es así. Y en esta sociedad donde cada vez hay más empresarios al frente de las grandes casas editoriales y menos exper-

tos en literatura, la tendencia está clara: vender. Para quien quiere ver, no hay mentiras que valgan. Pero hay que querer mirar con atención todos esos premios y publicaciones otorgados a obras mediocres y preguntarse por qué otras obras de mucha mayor calidad se pudren en los anaqueles virtuales de Amazon sin que nadie las aplauda ni las ensalce.

Que sí, que quizá hable desde la envidia y la rabia, que crea que mis libros merecen una mejor posición y sean más leídos y aplaudidos, pero lo indiscutible es lo que está a la vista. Y lo que está a la vista de todos es que lo que vende es la imagen. Una imagen viral —influencers, youtubers, celebrities— tiene la publicidad pagada de antemano. Y son esos personajes públicos que nacen y crecen de una gran mentira precisamente quienes temen romper el halo de

gloria que los envuelve, emperadores con un traje nuevo que nadie cuestiona ni censura salvo para exponerse y recibir críticas irracionales. No dicen quién les «enchufó» o qué tuvieron que hacer para publicar su idea —no obra escrita, sino paja mental en ciernes— sin haber escrito nunca en su vida, mientras otros vemos cómo nuestros manuscritos son rechazados o, peor aún, obviados en las mesas de lectura de las editoriales. Hay rumores. No todos son ciertos. Y los que lo son, nadie los va a confirmar. No quieren romper el hechizo.

Estoy harto de ver toda esta inmunidad, de luchar y creer que en algún momento mis obras van a tener un lugar digno en las estanterías de las librerías y bibliotecas de todo el mundo o, al menos, de este país. Colgar los guantes no es una mala opción. Es dejar de sufrir, dejar de